

La sonrisa de Hans ·capítulo 10·

En la cabeza de Hans se juntaron en aquel instante todos los acontecimientos que le habían sucedido y no pudo pensar más. Miró a su tío no con incredulidad puesto que lo que en las últimas horas había vivido había ampliado de manera magnífica su horizonte de lo creíble pero sí con cierta esperanza puesta en una aclaración.

Los ojos de su tío intensificaron su mirada y la sonrisa se volvió, otra vez, burlona. Él había comprendido a Hans completamente.

- Sin que sirva de precedente, sobrino, una demostración.

Ante ellos, a cierta distancia, comenzó a nacer del suelo la punta de una pirámide. Fue creciendo, elevándose muy por encima de sus cabezas, haciéndose enorme, emulando a las pirámides de Egipto. La estructura, de piedra brillante, detuvo su crecimiento y su cúspide se abrió como una flor. De su interior salió un águila blanca descomunal, extendió sus alas en cruz y mirándoles con la intensidad de una mirada humana ascendió hacia el cielo infinito explotando en lágrimas de fuego. Después de aquello un agradable aroma a incienso les rodeó.

- He deseado que sucediese y ha sucedido- dijo acercándose a la pirámide.

Hans le siguió hasta ella.

- Y todo es real- dijo y tocó la pirámide invitando a Hans a que lo hiciera que comprobó impresionado la certeza de las palabras de su tío.

- ¿Era Cafira real?- preguntó Hans sumido en el desconcierto.

- No. Cafira, la bella diosa, es, tan solo y por desgracia, un programa de realidad virtual. Está inspirada en lo bello y lo bueno pero su existencia es virtual. ¡Esto es diferente, Hans! Puedo hacer que volemos o que lluevan helados de chocolate y limón en África. Los límites de mis sueños serán los de mi voluntad y un día los de la tuya porque tú, Hans, tú, hombre de buen corazón, heredarás El

Fabricante de Sueños. Y nada hay en el mundo, salvo tu negativa, que pueda evitarlo... Cuando llegue el momento ¿Querrás ser el Dueño del Fabricante?

Hans no dudó:

- Sí, tío. Yo seré el Dueño del Fabricante de Sueños.
- Abrázame, entonces

Tío y sobrino se despidieron así. Entre ellos un abrazo firmó un pacto, un compromiso por un futuro mejor.

- Siempre estaremos juntos- dijo Joseph Blumenkohl y apenas estas palabras desaparecieron en el aire cuando Hans se encontró frente a la casa de sus padres.

Hans miró alrededor y se atrevió a dar de nuevo un primer paso. Abrió la puerta del jardín y en un estado entre la confusión y la alegría entró en su casa sabiéndose portador de una verdad gigantesca que, por momentos y a pesar de lo vivido, le parecía un sueño.

En el jardín de la casa se encontraba su padre junto al árbol en el cual, años atrás, Hans aprendió el lenguaje secreto. Al ver a Hans su padre fue a su encuentro.

- Hans, hijo, es algo increíble. Mira, mira.

El padre de Hans señalaba el árbol. Las ramas mostraban el esplendor de multitud de hojas verdes. Las flores jalonaban la belleza de aquel árbol que durante tantos años había permanecido dormido, que durante tanto tiempo habían creído muerto.

Hans miró el árbol, miró a su padre y una sonrisa llena de ternura iluminó su cara.

